

MONOGRAFÍA DE EDUCACIÓN Y POLÍTICA

MONOGRAPH ON EDUCATION AND POLITICS

La deseducación con la mentira en la actualidad

Miseducation through lies today

ENVIADO 2-1-2025 REVISADO 3-1-2025 ACEPTADO 3-1-2025

Noam Chomsky

Massachusetts Institute of Technology, Estados Unidos

Palabras claves: Deseducación, mentira, política, actualidad

Key words: Miseducation, lies, politics, current events

Resumen [Todo puede empezar, con el ejemplo, de] David Spritzlet, estudiante de la Escuela Latina de Boston, de doce años de edad, es expedientado por haberse negado a pronunciar el “juramento de fidelidad”, pues le parecía “una exhortación hipócrita al patriotismo”, puesto que no hay “libertad y justicia para todos”. Esto demuestra la profundidad del adoctrinamiento tendencioso que se lleva a cabo en nuestras escuelas, e incapacita a las personas instruidas para comprender siquiera las ideas más elementales, al alcance de cualquier niño de doce años.

Lo que le sucedió a David Spritzler es lo que se espera de las escuelas, que son centros de adoctrinamiento y obediencia impuesta [por los estados]. Lejos de favorecer el pensamiento independiente, la escuela, a lo largo de la historia, no ha dejado de interpretar un papel institucional dentro de un sistema de control y coerción. Una vez que se te ha educado, se te ha socializado ya de una manera que respaldan las estructuras de poder que, a su vez, te recompensan generosamente. Pensemos en Harvard, por ejemplo. En Harvard no aprendes solo matemáticas; aprendes, además, qué se espera de ti por ser un graduado de Harvard, qué conducta has de seguir y qué preguntas no tienes que hacer jamás. Aprendes las gollerías propias de un cóctel, cómo debes vestirme, cómo se imposta el acento de Harvard. Cómo relacionarte con una determinada estructura de clase, y cómo conocer las metas, los objetivos y los intereses de esta clase dominante.

Abstract It is well known to those in politics and sometimes they don't even bother to hide it. The Trilateral Commission referred to

schools as the “institutions” responsible for the “indoctrination of the youth”. This tendentious indoctrination is essential, because the schools were designed -broadly speaker- to support the interests of the dominant social sector [power], the wealthiest and most well-being people. From a very early age, in education we are socialized so that we understand the need to support power structures, especially big companies, businessmen [and women]. The lesson that one draws from this socializing education is that, as long as you do not support the interests of the richest and most powerful, you will have a difficult time: you will simply be expelled from the system or marginalized. And the school successfully carries out this program of “indoctrination of the youth” -to use the same words as the Trilateral- thanks to the fact that it operates within a propaganda framework whose effect is to distort or suppress unwanted ideas and information.

Intellectuals who propagate falsehoods at the service of the interests of the powerful do not go unpunished. In fact, they are rendering the service that is expected of them. The institutions for which they work expect it to be so, and they comply with the requirements of the doctrinal system, either voluntarily or perhaps some unconsciously.

1 Educar para la libertad en la sociedad actual¹

[Todo puede empezar, con el ejemplo, de] David Spritzlet, estudiante de la Escuela Latina de Boston, de doce años de edad, es expedientado por haberse negado a pronunciar el “juramento de fidelidad”, pues le parecía “una exhortación hipócrita al patriotismo”, puesto que no hay “libertad y justicia para todos”. Esto demuestra la profundidad del adoctrinamiento tendencioso que se lleva a cabo en nuestras escuelas, e incapacita a las personas instruidas para comprender siquiera las ideas más elementales, al alcance de cualquier niño de doce años.

Lo que le sucedió a David Spritzler es lo que se espera de las escuelas, que son centros de adoctrinamiento y obediencia impuesta [por los estados]. Lejos de favorecer el pensamiento independiente, la escuela, a lo largo de la historia, no ha dejado de interpretar un papel

¹ Texto de Noam Chomsky adaptado por Miguel-Héctor Fernández-Carrión a partir de la entrevista realizada por Donaldo Macedo, en 1999, y publicada bajo el título de “Educar para la libertad”, 1999. El escrito entre corchete y las notas son de Fernández-Carrión, excepto las notas 3 y 8.

institucional dentro de un sistema de control y coerción. Una vez que se te ha educado, se te ha socializado ya de una manera que respalda las estructuras de poder que, a su vez, te recompensan generosamente. Pensemos en Harvard, por ejemplo. En Harvard no aprendes solo matemáticas; aprendes, además, qué se espera de ti por ser un graduado de Harvard, qué conducta has de seguir y qué preguntas no tienes que hacer jamás. Aprendes las gollerías propias de un cóctel, cómo debes vestirme, cómo se imposta el acento de Harvard. Cómo relacionarte con una determinada estructura de clase, y cómo conocer las metas, los objetivos y los intereses de esta clase dominante.

En este caso, hay una diferencia abrumadora entre Harvard y el MIT [Instituto de Tecnología de Massachusetts]. Aunque sería razonable definir el MIT como una institución más de derechas, es, en cambio, mucho más abierta que Harvard. En Cambridge tienen un dicho que refleja bien esta diferencia: Harvard forma a la gente que gobierna el mundo; el MIT forma a los que lo hacen funcionar. Como consecuencia, en el MIT hay mucha menos preocupación por el control ideológico y mucho más espacio para el pensamiento independiente. Mi situación aquí es una buena muestra de ello, pues nadie ha puesto obstáculos a mi acción política ni mi activismo. Ahora bien, no pretendo decir con eso que el MIT sea un foco de activismo político. No ha dejado de desarrollar la función institucional que le corresponde: ocultar la mayor parte de la verdad sobre nuestro mundo y nuestra sociedad. De no haber sido así, si se hubiera dedicado a enseñar la verdad, tampoco habría podido sobrevivir demasiado.

Y precisamente porque no enseñan la verdad sobre el mundo, las escuelas estadounidenses no tienen más recurso que el bombardeo propagandístico constante a favor de la democracia. Si la escuela fuera en verdad democrática, no sería necesario insistir a los estudiantes con tópicos sobre la democracia. Simplemente, la acción y la conducta serían democráticas; pero sabemos que no es así. En principio, cuanto más necesario resulte hablar sobre los ideales de la democracia, menos democrático será el sistema.

Esto es bien conocido por los que se dedican a la política y, a veces, ni siquiera se molestan en ocultarlo. La Comisión Trilateral se refería a las escuelas como las “instituciones” responsables del “adoctrinamiento de los jóvenes”. Este adoctrinamiento tendencioso es imprescindible, porque las escuelas fueron diseñadas -hablando a

grandes rasgos- para apoyar los intereses del sector social [el poder] dominante, la gente de mayor riqueza y bienestar. Desde muy temprano, en la educación se nos socializa para que comprendamos la necesidad de prestar respaldo a las estructuras del poder, sobre todo a las grandes empresas, a los hombres [y mujeres] de negocios. La lección que uno saca de esta educación socializadora es que, como no apoyes los intereses de los más ricos y poderosos, lo tendrás difícil: sencillamente, se te expulsa del sistema o se te marginaliza. Y la escuela cumple con éxito este programa de “adoctrinamiento de los jóvenes” -por decirlo con las mismas palabras de la Trilateral- gracias a que opera dentro de un marco de propaganda cuyo efecto es deformar o suprimir las ideas y la información no deseadas.

Los intelectuales que propagan falsedades al servicio de los intereses de los poderosos, no salen impunes. De hecho, están prestando el servicio que se espera de ellos; lo esperan así las instituciones para las que trabajan, y ellos cumplen los requerimientos del sistema doctrinal, ya sea voluntaria o quizá inconscientemente. Es como si contrataras a un carpintero y, una vez realizado el trabajo para el que lo contrataste, te preguntaras cómo ha podido hacerlo. Bueno, ha hecho lo que se esperaba de él; y los intelectuales ofrecen un servicio muy parecido. Se comportan tal como se espera de ellos en la medida en que presentan una descripción de la realidad mínimamente ajustada, pero sobre todo adecuada a los intereses de los que tienen más poder y más riqueza, es decir, de la gente que posee esas instituciones que solemos llamar escuelas y que, en el fondo, vienen a poseer la sociedad entera.

Históricamente, gran parte de los intelectuales han interpretado un papel vergonzoso con su apoyo al sistema doctrinal. Si te retrotrae uno al tiempo de la Biblia, se aprecia que los intelectuales que más tarde fueron denominados “falsos profetas” trabajaban en pro de los intereses de los poderosos. Sabemos que había intelectuales disidentes con una concepción alternativa del mundo: los que después fueron llamados “profetas” (que es una traducción dudosa de un término confuso). Pues bien, estos fueron perseguidos, torturados y obligados a exiliarse. Y las cosas no son muy diferentes en nuestros días: la mayoría de las sociedades marginan a los intelectuales disidentes y, en lugares como El Salvador, por ejemplo, se los quitan de en medio brutalmente. Eso es lo que le pasó al arzobispo Romero y los seis jesuitas: fueron asesinados por tropas de élite, entrenadas y armadas por los Estados Unidos y costeadas con los impuestos de

todos los ciudadanos. Un jesuita salvadoreño observó acertadamente en su diario que, en su país, un Václav Havel, por poner un ejemplo (el antiguo prisionero político que terminó siendo presidente de Checoslovaquia) no habría ido a la prisión, sino que lo hubieran asesinado y abandonado en la vereda. Pero a Václav Havel, que se convirtió en el ojito derecho de occidente, no se le puede acusar de cicatero, sino que agradeció cumplidamente este apoyo, dirigiéndose al congreso de los Estados Unidos -muy pocas semanas después del asesinato de los seis jesuitas en El Salvador- sin mostrar ninguna solidaridad con sus compañeros de la disidencia salvadoreña; al contrario, elogió y bendijo al congreso como “el defensor de la libertad”. El escándalo es tan mayúsculo que sobran los comentarios.

Pero bastará una simple prueba para demostrar su magnitud. Hay que imaginarse, por ejemplo, lo siguiente: Un comunista estadounidense y de color se presenta en lo que entonces era la Unión Soviética, poco después de que seis destacados intelectuales checos hayan sido asesinados por fuerzas entrenadas y armadas por los rusos. Se dirige a la Duma y la ensalza como “la defensora de la libertad”. ¿Qué reacción se hubiera producido en los Estados Unidos, entre los políticos e intelectuales? Sin duda, habría sido rápida y predecible: se le denunciaría por apoyar a un régimen criminal. Los intelectuales estadounidenses deberían preguntarse por qué se sintieron arrojados por la espléndida actuación de Havel, que es equiparable a esta historia imaginaria.

¿Cuántos intelectuales de Norteamérica han leído algo -siquiera una página- de lo escrito por los intelectuales centroamericanos asesinados por los varios ejércitos que actúan como delegados estadounidenses? ¿Cuántos saben de la existencia de Dom Helder Câmara, el obispo brasileño que se distinguió en la defensa de los pobres de Brasil? La mayoría tendrían problemas incluso para dar el nombre de algún disidente de las brutales tiranías latinoamericanas -o de otras zonas- a las que apoya Estados Unidos, además de entrenar a sus ejércitos; creo que solo eso ya basta para describir el estado de la cultura intelectual norteamericana. Los hechos que no convienen al sistema doctrinal se despachan con rapidez, como si no existieran; simplemente, se eliminan.

No debemos desdeñar la objetividad; al contrario, en nuestra persecución de la verdad tenemos que esforzarnos por ser objetivos. De igual forma, hay que condenar sin tapujos la pretensión de

objetividad, cuando funciona como un medio de distorsión y desinformación al servicio del sistema doctrinal. Esa postura es mucho más frecuente en las ciencias sociales, debido a que, en ellas, el mundo exterior impone unas constricciones especialmente débiles sobre los investigadores; la capacidad de comprensión es más reducida, y los problemas que se afrontan son mucho más oscuros y complejos. Como consecuencia, resulta mucho más sencillo ignorar todo lo que no interesa oír. Hay, por tanto, una diferencia muy marcada entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. En el primer caso, los hechos se atestiguan en la naturaleza de una forma verificable, lo que dificulta que un investigador pueda ignorar los datos que contradicen sus hipótesis favoritas; es por ello que los errores no suelen perpetuarse. Como en las ciencias naturales pueden repetirse los experimentos, los posibles errores se descubren sin mayores problemas. Además, hay una disciplina interna que rige esa tarea intelectual. Aun así, está claro que ninguna investigación, por seria que sea, nos conducirá forzosamente a la verdad.

Pero volvamos al punto inicial: la escuela impide la difusión de verdades esenciales. Es la responsabilidad intelectual de los profesores -o de cualquier otra persona que se mueva en ese ámbito- intentar decir la verdad. Eso me parece indiscutible. Es un imperativo moral: averiguar la verdad sobre las cuestiones más importantes, y difundirla lo mejor que uno pueda, y siempre al auditorio más adecuado. Porque ponerse a decirle la verdad al poder es malgastar el tiempo, literalmente, y ese intento puede ser, con frecuencia, una forma de cubrirse las espaldas. A mi modo de ver, desde Juego, es una pérdida de tiempo irle con la verdad a Henry Kissinger o al director general de AT&T, o a otros que ejercen el poder en instituciones coercitivas: en la mayoría de los casos, ya conocen, la verdad. Permitir precisar lo que acabo de decir: cuando los que están en el poder se apartan de sus circunstancias institucionales -si es que lo hacen- y se convierten en seres humanos, en agentes morales, en ese caso podemos dirigirnos a ellos como al resto de las personas. Pero en su función como dirigentes, prácticamente no vale la pena, es una pérdida de tiempo. No es más útil comunicarle la verdad al poder que a los peores tiranos o criminales, que no dejan de ser personas, independientemente de lo terrible de sus actos. Así que decirle la verdad al poder no es ninguna tarea honrosa.

Lo que debemos procurarnos es un auditorio al que le importe. En el caso de la enseñanza, se trata de los estudiantes; no hay que verlos

como un simple auditorio, sino como elemento integrante de una comunidad con preocupaciones compartidas, en la que uno espera poder participar constructivamente. Es decir, no debemos hablar a, sino hablar con. Eso es ya instintivo en los buenos docentes, y debería serlo en cualquier escritor o intelectual. Los alumnos no aprenden por una mera transferencia de conocimientos, que se engulla con el aprendizaje memorístico y después se vomite. El aprendizaje verdadero, en efecto, tiene que ver con descubrir la verdad, no con la imposición de una verdad oficial; esta última opción no conduce al desarrollo de un pensamiento crítico e independiente. La obligación de cualquier maestro es ayudar a sus estudiantes a descubrir la verdad por sí mismos, sin eliminar, por tanto, la información y las ideas que puedan resultar embarazosas para los más ricos y poderosos: los que crean, diseñan e imponen la política escolar.

Consideremos con más detalle qué significa enseñar la verdad y que todo el mundo aprenda a distinguir las verdades de las mentiras. Me parece que no requiere más que sentido común, el mismo sentido común que nos hace adoptar una postura crítica hacia los sistemas propagandísticos de las naciones que consideramos como enemigas. Antes sugerí que los más señeros intelectuales de Estados Unidos serían incapaces de nombrar ni uno solo de los bien conocidos disidentes de las tiranías controladas por Norteamérica, como por ejemplo la de El Salvador. Sin embargo, estos mismos intelectuales sabrían proporcionarte una larga lista de disidentes de la antigua Unión Soviética. Y tampoco les supondría ningún problema el distinguir las mentiras, deformaciones e incongruencias que sirven para evitar que la población de los regímenes enemigos conozca la verdad. Pero esa capacidad crítica que utilizan para desenmascarar las falsedades difundidas en los estados “delincuentes” se esfuma cuando se trata de criticar al propio gobierno o a las tiranías que apoya Estados Unidos. En el transcurso de la historia, las clases mejor formadas han respaldado mayoritariamente a los aparatos propagandísticos y, cuando se minimizan o se eliminan las desviaciones de la pureza doctrinal, la máquina de la propaganda suele lograr éxitos apabullantes. Hitler y Stalin lo sabían muy bien y, hasta el día de hoy, tanto las sociedades abiertas como las cerradas han procurado y recompensado la complicidad de la clase instruida.

Esta clase instruida ha sido considerada una “clase especializada”, ya que es un grupo reducido de personas que analizan, ejecutan, toman las decisiones y mueven los hilos en el sistema político, económico e

ideológico. Esta clase especializada suele representar un porcentaje ínfimo de la población, que tiene que recibir protección frente a la gran masa a la que Walter Lippmann dio el nombre de “rebaño desconcertado”. Es una clase que desarrolla las “funciones ejecutivas”, lo que significa que realizan la función de examinar, planear y establecer el “interés común” (ahora bien, con esta fórmula se refieren a los intereses de la clase de los hombres [y mujeres] de negocios). A la gran mayoría de la población, esto es, al “rebaño desconcertado”, le corresponde en la democracia el rol de “espectadores”², no el de “participantes en la acción”, según el credo democrático liberal que Lippmann supo articular perfectamente. En la democracia norteamericana, cada cierto tiempo los miembros del “rebaño” tienen la posibilidad de participar en la aprobación de uno u otro líder, mediante un proceso conocido como “elecciones”. Una vez han aprobado a este o a aquel miembro de la clase especializada, deben retirarse y convertirse de nuevo en espectadores.

Cuando el “rebaño desconcertado” intenta ampliar su papel como mero espectador, cuando la gente intenta participar en la acción democrática, la clase especializada reacciona en contra de lo que se pasa a denominar una “crisis de la democracia”. Esa es la razón de que las élites estadounidenses sientan tanto odio hacia los años sesenta, cuando varios grupos de personas históricamente marginadas empezaron a organizarse y cuestionar la política de la clase de los especialistas, sobre todo la relativa a la guerra de Vietnam, pero también, en el ámbito interior, la política social.

Una de las posibles maneras de mantener el control sobre el “rebaño desconcertado” es adoptar la concepción de escuela que hemos visto antes, la que propuso la Comisión Trilateral: las escuelas son las instituciones responsables del adoctrinamiento de los jóvenes. Los miembros del “rebaño” tienen que ser rigurosamente adoctrinados en los valores e intereses de tipo privado y estatal-corporativo. Los que asimilen mejor esta educación en los valores de la ideología dominante y demuestren su lealtad al sistema doctrinal podrán, a la postre, entrar a formar parte de la “clase especializada”. El resto del “rebaño desconcertado”, por el contrario, ha de ser mantenido a raya, de forma que no creen problemas, sean simples “espectadores” del desarrollo de la acción y no reflexionen sobre aquellos aspectos de la realidad que son de veras importantes. La clase instruida

² Y sufridores de los dictados del poder.

considera que es imprescindible para el “rebaño”, porque este es demasiado estúpido como para gobernar sus asuntos por sí mismo y lo haría mal, actuaría de acuerdo con sus “concepciones erróneas”. Cerca del 70% de los estadounidenses cree que la guerra de Vietnam no era correcta desde un punto de vista moral, pero, según la “clase dominante”, es necesario protegerlos de sus “concepciones erróneas”, que los han llevado a oponerse a la guerra; tienen que acabar creyendo en la versión oficial, que indica que la guerra fue, sencillamente, un error.

Con miras a proteger al “rebaño desconcertado” de sí mismo y de sus “concepciones erróneas”, las “clases especializadas” de las sociedades abiertas deben girar la vista sobre todo hacia las técnicas de propaganda, denominadas eufemísticamente “relaciones públicas”. En los estados totalitarios, en cambio, controlan al “rebaño” colgando un martillo sobre sus cabezas: al que se mueva de su lugar, le golpea la cabeza. Pero en las sociedades democráticas no se puede confiar [sólo] en la fuerza bruta para mantener la población a raya, así que, para controlar la opinión pública, hay que optar principalmente por la propaganda. En esta tarea de control de esta opinión, la “clase instruida” resulta indispensable, y la escuela desarrolla una función crucial.

[En los Estados Unidos la censura no solo se manifiesta bajo una forma diferente, sino que también depende, en cierta medida, de una especie de autocensura]³. La denominada “autocensura” empieza, en realidad, a una edad muy temprana, mediante un proceso de socialización que es, a su vez, una forma de adoctrinamiento; el objetivo es promover la obediencia en sustitución del pensamiento independiente. La escuela funciona como un mecanismo más de esta socialización, y su meta es evitar que la gente haga preguntas importantes sobre las cuestiones trascendentes que les afectan directamente a ellos o bien a los demás. Es decir, en la escuela no se aprenden solo contenidos. Como se indicaba anteriormente, si quieres convertirte en un profesor de matemáticas, no te limitas a aprender un montón de nociones matemáticas, sino que, además, aprendes cómo has de comportarte, cómo vestirti adecuadamente, qué tipo de preguntas puedes hacer, cómo encajar (en el sentido de amoldarte), etc. A la que seas demasiado independiente, o cuestiones demasiado a menudo el código de tu profesión, lo más proba-

³ Este texto contenido en el corchete es de la autoría de Donaldo Macedo.

ble es que te expulsan del orden de los privilegiados. De modo que uno se da cuenta muy rápido de que, para triunfar, hay que servir a los intereses del sistema doctrinal. Hay que estar callado e instilar en los alumnos las creencias y los dogmas más útiles para los intereses de los que están de verdad en el poder. La clase de los hombres [y las mujeres] de negocios y sus intereses privados tienen un representante en las redes del estado corporativo. Y es que la escuela no es el único de tales sistemas de adoctrinamiento; hay otras instituciones que colaboran para reforzar el proceso. Hay que pensar en los programas que echan por la televisión [más las redes sociales], por ejemplo: se nos propone que contemplemos una retahíla de shows que no nos exigen el esfuerzo de pensar, que deberían distraernos; pero su función, en realidad, es impedir que los espectadores comprendan sus verdaderos problemas o identifiquen sus verdaderas causas. Una de las maneras de afrontar una vida poco plena es comprar sin parar; pues bien, estos programas se dedican a explotar las necesidades emocionales de los espectadores y los mantienen desconectados de las necesidades de los demás. A medida que se van desmantelando los espacios públicos, las escuelas y los relativamente pocos espacios públicos que quedan trabajan para convertirnos en buenos consumidores.

Esto pareciera que encaja con la sacralización del individualismo, pero no es así; personalmente, creo que no; yo no lo veo como una forma de individualismo. El individualismo -bien entendido- requiere cierto grado de responsabilidad ante las propias acciones; pero este modelo de entretenimiento está vacío y solo nos mueve a amoldarnos al sistema y actuar ante todo por razones emocionales o impulsivas. Y este tipo de impulso que está en juego es el de consumir más, el de ser buenos consumidores. En este sentido, tanto la escuela como los medios de comunicación y la cultura popular están divididos entre los que razonan -esto es, los que diseñan y toman las decisiones en nuestra sociedad- y el resto de la gente. Para lograr su cometido, estas personas que razonan y se adhieren a la "clase especializada" tienen que crear "ilusiones necesarias" y "simplificaciones en gran escala y de gran poder emotivo" (por decirlo en palabras de Reinhold Niebuhr), para que el "rebaño desconcertado" -la masa ingenua y mentecata- no se vea aturrido por la complejidad de los problemas reales que, además, tampoco sabría cómo resolver. El objetivo es mantenemos apartados de las cuestiones reales, y apartados unos de otros; así, se hace necesario aplastar cualquier intento de organización o de establecimiento de vínculos colectivos. Al igual

que en los estados totalitarios, en las sociedades abiertas⁴ también existe la censura. Lo que sucede es que adopta formas diferentes: se consideran inaceptables las preguntas ofensivas y embarazosas para el sistema doctrinal, y se suprime la información inconveniente. No hay que hacer un gran esfuerzo [intelectual] para llegar a esta conclusión; basta con analizar sin prejuicios lo que se recoge en los medios de comunicación y lo que se deja fuera, por ejemplo; o con intentar comprender sinceramente qué información se permite en la escuela y cuál no. No hace falta ser un superdotado; creo que cualquier persona corriente puede darse cuenta de que los medios manipulan y censuran la información que no es de su agrado [o interés]. Probablemente requiere algún trabajo el llegar a descubrir las deformaciones y las supresiones en la información que recibe el espectador, pero basta con el deseo de conocer la verdad.

No hay razón por la que los intelectuales no puedan adoptar la misma postura respecto a los “protectorados” norteamericanos en Latinoamérica que respecto a los dominios enemigos. Lo único que hace falta es la voluntad de emplear la misma capacidad crítica y el mismo sentido común que aplicamos al analizar las atrocidades cometidas por los enemigos de Estados Unidos. Si la escuela fuera un auténtico servicio público y general, nos proporcionaría técnicas de autodefensa, pero eso quiere decir enseñar la verdad sobre el mundo y la sociedad. Y se dedicaría, con mucha más asiduidad y energía, justamente al tipo de cuestiones de las que estamos tratando, para que las personas que crecen dentro de una sociedad abierta y democrática desarrollen técnicas de autodefensa no solo contra los aparatos propagandísticos de las sociedades totalitarias controladas por el estado, sino también contra los sistemas privados de propaganda -esto es, la escuela, los medios de comunicación, la prensa que selecciona los temas de discusión y la de la intelectualidad-, que controlan casi del todo el desarrollo de la tarea educativa. Es por ello que los que ejercen este control sobre el aparato educativo merecen ser considerados como miembros de la clase de los “comisarios”; los comisarios, en efecto, son intelectuales que trabajan fundamentalmente para reproducir, legitimar y mantener el orden social dominante, que les reporta beneficios. Los auténticos intelectuales, por el contrario, tienen la obligación de investigar y difundir la verdad sobre los temas más significativos, sobre los temas que importan. Este punto no deja

⁴ De “democradictadura”, según Fernández-Carrión.

de ser percibido por los intelectuales occidentales, que no tienen problema en aplicar principios morales elementales en aquellos casos que atañen a los enemigos oficiales.

28

Se trata de una especie de ética selectiva [que se muestra de forma algo difusa, que es controlada por el aparato estatal, los colegas profesionales y los propios alumnos]. Han existido varias alternativas a la actual escuela antidemocrática [que aplica la censura]. Por mi parte, yo tuve la fortuna de asistir a una escuela guiada con genuinos principios democráticos, en la que se dejaba sentir vivamente la influencia de John Dewey y se motivaba a los alumnos para que estudiaran e investigaran, como proceso para descubrir la verdad por sí mismos. Lo cierto es que si una escuela tiene que imponer la enseñanza de los principios democráticos, hay razón para sospechar; cuanto más antidemocrática resulta ser una escuela, más necesidad siente de enseñar los ideales de la democracia. Como se reitera en señalar, si la escuela fuera verdaderamente democrática en el sentido de dar la oportunidad a sus alumnos de que experimenten en la práctica qué es la democracia, no le sería necesario adoctrinarlos con tópicos sobre el sistema democrático. Por esa razón, me siento especialmente afortunado porque mi experiencia escolar no consistiera en memorizar mentiras sobre las maravillas de “nuestro” sistema. Lástima que la influencia de Dewey no se extendiera a todas las escuelas, aunque fue una figura de vanguardia del liberalismo norteamericano y uno de los principales filósofos del siglo XX.

También recuerdo que, en mi adolescencia, fui consejero de un campamento de verano y pude ser testigo, en numerosas ocasiones, del éxito de un proceso de adoctrinamiento similar a la recitación del “juramento de fidelidad” que se ha aludido anteriormente. Recuerdo que los niños se emocionaban de verdad, y algunos incluso lloraban, mientras recitaban humanos patrióticos hebreos que ni siquiera comprendían. Probablemente algunos lo entendían todo al revés, pero eso no frenaba su emoción. La verdadera enseñanza democrática, entonces, no consiste en insuflar patriotismo en los alumnos o hacerles memorizar los ideales de la democracia; sabemos, además, que ese no es el camino para aprender nada. El aprendizaje auténtico se produce cuando se invita a los estudiantes a que descubran por sí mismos la naturaleza de la democracia y su funcionamiento.

La mejor manera de descubrir cómo funciona una democracia real es poniéndola en práctica; pero lo cierto es que las escuelas no lo hacen demasiado bien. Para medir el grado de democracia real, ya sea en

la escuela o en la sociedad, podemos mirar hasta qué punto la teoría se acerca a la práctica; y sabemos que tanto en la escuela como en la sociedad están separadas por un abismo. En una democracia, según la teoría, todos los ciudadanos pueden participar en las decisiones que afectan su vida, por ejemplo, determinando cómo ha de obtener y cómo ha de usar el estado sus ingresos, qué política exterior debe promover, etcétera. Un ejemplo muy sencillo bastará para percibir el abismo que disocia la teoría -según la cual todos podemos participar en las decisiones que afectan nuestra vida, de la práctica, en la que la concentración del poder en el gobierno sirve para restringir las posibilidades de que un ciudadano o un grupo controle sus propios asuntos e, igualmente, para establecer el tipo de política exterior que se pretende seguir.

Así que pensemos por un momento en los bombardeos pasados de Kosovo e Iraq. La situación de Kosovo antes del bombardeo del 24 de marzo [de 1999] era -y aún me quedará corto- terrible. El 24 de marzo empezó el bombardeo y, al cabo de unos pocos días, había miles de refugiados huyendo de Kosovo, así como un incremento brutal de las violaciones, masacres y torturas; ello fue una consecuencia directa -pero anunciada- de ese bombardeo, que se quiso presentar como una intervención humanitaria para proteger a los habitantes de etnia albanesa. Creo que salta a la vista que, si la situación era terrible antes del bombardeo, posteriormente fue catastrófica; si la perspectiva en Kosovo ya era terrible, ha tomado proporciones catastróficas después de la “intervención humanitaria” de la OTAN. La OTAN fundamentó en la “Declaración universal de los derechos humanos” su derecho a la [autodenominada] “intervención humanitaria” para detener, supuestamente, la limpieza étnica de los albaneses. Ahora bien, se ha visto que el bombardeo de la OTAN provocó un agravamiento dramático e inmediato de la limpieza étnica y el genocidio en Kosovo; y causó igualmente, como era predecible, un incremento drástico de las matanzas, las violaciones y la tortura de los habitantes de etnia albanesa. De hecho, el comandante general de la OTAN, Wesley Clark, ya había informado a la prensa de que este sería un efecto “perfectamente predecible” de los bombardeos.

Si aplicáramos el mismo razonamiento que ha servido para justificar la “intervención humanitaria” en Kosovo, la OTAN debería bombardear también otros países, como Colombia, por ejemplo, e incluso Turquía, que es uno de sus estados miembro. En Colombia, la media anual de asesinatos políticos cometidos por el gobierno y su aparato

paramilitar, según las estimaciones del Departamento de Estado, está en el mismo nivel que en Kosovo antes del bombardeo de la OTAN, y ha generado por encima del millón de refugiados, que intentan escapar a esas atrocidades. Colombia ha recibido de los Estados Unidos más armas y entrenamiento que ningún otro país occidental, a pesar de que la violencia no ha dejado de incrementarse en la década de los noventa, y esa ayuda sigue aumentando ahora con la excusa de una “guerra contra la droga”. No hay un solo observador serio que se trague esta excusa. Y la administración de Clinton ha sido singularmente generosa en su elogio del presidente César Gaviria, cuyo mandato es responsable de “un nivel de violencia atroz”, según las organizaciones pro derechos humanos⁵.

En el caso de Turquía, el genocidio de los kurdos a lo largo de la década de los noventa ha superado en mucho lo conocido en Kosovo antes del bombardeo de la OTAN. Alcanzó su máximo a mediados de los noventa; una prueba de ello es que, entre 1990 y 1994, más de un millón de kurdos huyeron del campo a Diyarbakir, la capital oficial del Kurdistán, mientras el ejército turco destruía su región. En 1994 se lograron dos récords negativos: fue “el año de la represión más dura en las provincias kurdas”, según informó Jonathan Randa) desde el mismo lugar de los hechos, y fue así mismo el año en que Turquía se convirtió en “el mayor importador individual de armamento pesado de fabricación estadounidense y, con ello, en el comprador de armas más importante del mundo”. Cuando las asociaciones pro derechos humanos denunciaron que Turquía estaba utilizando los aviones estadounidenses para bombardear los pueblos kurdos, la administración de Clinton supo encontrar la manera de saltarse las leyes que exigían la suspensión del suministro armamentístico. Es lo mismo que hicieron con Indonesia y otros muchos países. Así que, si se aplicara de nuevo los principios de la “Declaración universal de los derechos humanos”, con los que la OTAN justificaba su bombardeo de Kosovo, a la OTAN le sobrarían razones para bombardear Washington.

Examinemos ahora el ejemplo de Laos. Durante muchos años, se ha matado a miles de personas, sobre todo niños y campesinos pobres,

⁵ Igual sucede, desde finales del siglo XX en adelante, en México, donde el crecimiento del crimen organizado en torno al narco se ha incrementado en proporción al descenso que se produce al mismo tiempo en Colombia, como analiza Fernández-Carrión en la *Pena de muerte por mandato del poder* (2023).

en la Llanura de la discordia, en el norte del país, que aparentemente ha sido el escenario de un intensísimo bombardeo en contra de objetivos civiles, probablemente el más cruel de la historia. Y el ataque rabioso de Washington en contra de esta sociedad de campesinos pobres tenía muy poco o nada que ver con las guerras de la región. La peor época comenzó en 1968, cuando Washington (empujado por la presión popular, pero también por la de los hombres [y mujeres] de negocios) se vio obligado a entablar conversaciones y a finalizar el bombardeo regular del norte de Vietnam; en ese momento, Henry Kissinger y Richard Nixon decidieron trasladar el bombardeo a Laos y Camboya. Gran parte de las muertes son provocadas por las “bombas”, pequeñas minas antipersona que son mucho más dañinas que las minas de tierra y están diseñadas específicamente para matar personas, sin afectar a vehículos ni edificios. Kissinger y Nixon colmaron la Llanura con cientos de millones de estos artilugios mortales, que, según el propio fabricante, Honeywell, no siempre explotan a la primera, sino que fallan en un 20 o 30% de los casos. Es difícil saber si ello se debe a un pésimo control de calidad o, tal vez, a un plan para ir asesinando a los civiles con acciones retardadas. Las minas antipersona son solo una pequeña parte de la tecnología usada, que incluía igualmente unos misiles innovadores, capaces de hallar la entrada de las cuevas en que intentaban refugiarse las familias laosianas.

Estas minas causan un número de bajas que se estima entre varios centenares al año y “una cifra total anual de 20.000” laosianos damnificados (de los cuales mueren más de la mitad), según reportó Barry Wain, el veterano corresponsal del *Wall Street Journal en Asia*, en un artículo aparecido en la edición asiática. De modo que, incluso si nos atenemos a las cifras más conservadoras, la simple crisis de 1998 es comparable a la situación de Kosovo antes de los bombardeos. Pero la muerte, además, se encarniza especialmente con los niños, según los informes del Comité menonita central, que ha estado allí desde 1977, trabajando para aliviar en lo posible las continuas atrocidades.

Los medios de comunicación estadounidenses aplaudieron la intervención de la OTAN en Kosovo -que debía contener la limpieza étnica de los albaneses-, aun cuando el bombardeo no logró más que intensificar esta y otras atrocidades en su contra. Pero en el caso de Laos, la reacción de los Estados Unidos fue no hacer nada, a pesar de que son directamente responsables de las matanzas. Aquí no abren la

boca ni los medios ni los comentaristas, siguiendo la designación oficial de la guerra contra Laos como “guerra secreta”; es decir, era una guerra perfectamente conocida, pero silenciada, al igual que se hizo con la guerra contra Camboya a partir de 1969. El nivel de autocensura que se alcanzó entonces fue extraordinario, pero el de esta otra guerra comentada no es inferior. La importancia de este ejemplo ciertamente chocante es clara: mientras que los medios estadounidenses exultaban de alegría cuando el Tribunal internacional acusó a Slobodan Milosevic de crímenes contra la humanidad, Kissinger, uno de los arquitectos de la matanza de Laos, sigue en libertad y es celebrado como un “experto” cuyas “opiniones” sobre el bombardeo de Kosovo eran seguidas con avidez por los medios de comunicación.

En el caso de Iraq, las atrocidades son igualmente incontables, con numerosos civiles asesinados en una guerra biológica singularmente cruel. En 1996, en un programa de la televisión nacional, se le preguntó a la secretaria de Estado, Madeleine Albright, qué tenía que decir ante la matanza de medio millón de niños iraquíes en tan solo cinco años; pues bien, respondió que “es un precio que vale la pena pagar”. Según las estimaciones actuales, todavía son asesinados cerca de 4.000 niños cada mes y, al parecer, el precio aún “vale la pena”.

Un análisis más detallado de la guerra del Golfo nos descubriría los mismos principios rectores de la intervención “humanitaria” de los Estados Unidos, o de la que defiende a las “democracias” de todo el mundo. Los medios de comunicación y las “clases instruidas” cumplieron bien su labor y se limitaron a repetir la afirmación del presidente George Bush [padre], según el cual “América permanece en el mismo lugar que siempre en contra de la agresión, en contra de los que desearían sustituir el imperio de la ley por el uso de la fuerza”. Da igual que pocos meses antes hubiera invadido Panamá, violando esos mismos principios en contra de la agresión, en contra de los que desearían sustituir el imperio de la ley por el uso de la fuerza”. El presidente Bush era entonces el único jefe de estado que había sido condenado por el Tribunal Internacional de Justicia debido al “uso ilegal de la fuerza” (en la guerra de Washington contra Nicaragua). Esa pretensión de Bush, ese elevado principio moral, no son más que una burla, porque ni los Estados Unidos ni ningún otro país fueron al golfo a defender principio alguno [humanitario]. La intervención [guerra] contra Sadam Husein, que no tenía precedente, no se debió a su

brutal agresión, sino que a que pisó a quién no debía⁶, como había hecho Manuel Noriega unos años antes⁷. Los dos son criminales que han sido amigos del presidente Bush. Saddam Husein es un gánster y un asesino, pero ya lo era mucho antes de la guerra del Golfo, cuando era amigo de Estados Unidos y uno de sus mejores socios comerciales. Está claro que su invasión de Kuwait fue una salvajada, pero no alcanzó el nivel de las múltiples salvajadas que había cometido antes con el apoyo de Norteamérica, y fue uno más entre los muchos crímenes similares que han dirigido los Estados Unidos y sus aliados.

Así sucedió, por ejemplo, con la invasión y anexión de Timor oriental por parte de Indonesia, que alcanzó proporciones casi genocidas; murieron 700.000 personas -cerca de una cuarta parte de su población-, lo que significa una matanza superior incluso a la emprendida por Poi Pot en esos mismos años. Pues bien, tanto los Estados Unidos como sus aliados prestaron su apoyo a estos crímenes. El ministro de Asuntos Exteriores de Australia justificó la aquiescencia de su país a la invasión y anexión de Timor afirmando, simplemente, que “el mundo es un sitio ciertamente injusto, repleto de ejemplos de anexiones por la fuerza”. Ahora bien, cuando Iraq invadió Kuwait, su gobierno denunció la agresión declarando con solemnidad que “ningún gran país puede invadir a un país vecino más débil y salir indemne de ello”. El objetivo real de la política de los Estados Unidos en el golfo era que los incomparables recursos energéticos del Oriente Próximo siguieran bajo el control estadounidense y que los enormes beneficios que generan ayudaran a potenciar la economía de Norteamérica y su [principal] cliente británico.

Es triste que, la “clase instruida” de los Estados Unidos -con la excepción de una pequeña minoría-, haya sido incapaz de relacionar entre sí los diferentes acontecimientos históricos, para desarrollar una comprensión rigurosa del mundo. El vicepresidente Dan Quayle cometió un lapsus freudiano que describe perfectamente la guerra, anunciando la “emotiva victoria de las fuerzas de agresión”. Y al presidente Bush se le escapó un lapsus similar durante una entrevista de

⁶ Porque contaba con el apoyo expreso de los Estados Unidos, pero existe un consenso entre analistas económicos que la invasión se debió fundamentalmente por la búsqueda y control del petróleo de la zona iraquí.

⁷ Aunque el caso panameño, tiene más que ver con el narcotráfico, por la implicación de Noriega en este negocio estupefaciente y al ser un país de paso de la droga de Sudamérica (Colombia, principalmente) con destino a Norteamérica.

Natalie Iacobson; la directora de informativos del Canal 5 de Boston; refiriéndose a la guerra del Golfo, Bush afirmó que “hemos completado con éxito nuestra agresión”, en lugar de lo que sin duda pudo decir [con intención política], “hemos completado nuestra misión”. Estas palabras aparentemente involuntarias de Bush y Quayle dejan al desnudo su pedagogía de las grandes mentiras, hasta el punto de que sus afirmaciones reflejan a la perfección la esencia de una frase de José Ortega y Gasset. Según este, lo que conocemos como la civilización, si quedara “abandonada a sus propios recursos” y a la merced de comisarios del estilo de Kissinger, vería el renacer del primitivismo y la barbarie. Los ejemplos sobre la barbarie en Kosovo, en Turquía, en Colombia y en Laos apuntan justamente a la barbarie de la civilización [norteamericana]⁸.

La expectativa más generalizada prevé que la intervención militar estadounidense mantendrá en el poder a este tirano y asesino iraquí, quien continuará desarrollando su programa armamentístico, a la vez que pone trabas a los observadores internacionales⁹. Y es necesario recalcar también que los peores crímenes de Sadam fueron cometidos cuando era un aliado y socio comercial destacado de los Estados Unidos, y que, inmediatamente después de ser expulsado de

⁸ Cita de Donaldo Macedo, afín al pensamiento de Chomsky.

⁹ Pero la guerra del Golfo se desarrolla en sucesivas etapas, durante cerca de un cuarto de siglo, protagonizada por la invasión y el control de los Estados Unidos del territorio iraquí. La escusa norteamericana para esta agresión militar era que Irak había invadido territorio de Kuwait y posteriormente fue porque estaba supuestamente desarrollando armas de destrucción masiva. La “primera guerra del Golfo Pérsico”, se inicia el 2 de agosto de 1990 y perdura hasta principios de 1991 -28 de febrero-, siendo retrasmitida directamente desde el frente de batalla por la CNN. Más tarde, se da paso a la llamada “guerra de Irak” o “tercera guerra del Golfo” (del 20 de marzo de 2003 hasta finales de 2011 -18 de diciembre-), en la que el ejército norteamericano por mandato presidencial, utilizando el simulacro de un tribunal iraquí, y con el pretexto de “de haber cometido crímenes contra la humanidad” haciéndolos justificar con el exterminio de 148 chiitas, asesinan al presidente iraquí Sadam Husein, el 30 de diciembre de 2006 y dirigen a las turbas iraquí para acabar públicamente –siendo retrasmitido por la CNN para el resto del mundo- de todos los símbolos del antiguo régimen depuesto. Entre medias de ambas contiendas se desarrolla una disimulada segunda guerra del Golfo.

Sadam Husein y por ende Irak había sido socio privilegiado, en la zona árabe del Oriente medio, de los Estados Unidos. Incluso Irak había mantenido una guerra contra uno de los enemigos de Norteamérica: Irán, de 1980 a 1988; pero, la guerra del Golfo hace patente que los Estados Unidos cuenta con un nuevo amigo estratégico, en dicha zona, Arabia Saudí.

Kuwait, los norteamericanos miraron en silencio cómo volvió las matanzas en contra de los rebeldes iraquíes -primero los chiíes, luego los kurdos-, llegando incluso a negarles el acceso a las armas capturadas a Iraq. La historia manipulada no acostumbra a presentar una descripción ajustada de lo que verdaderamente sucede; y tampoco crea estructuras que permitan descubrir la verdad. Es por ello que una educación cuya meta sea lograr un mundo más democrático [o verdadero] debería proporcionar a sus estudiantes herramientas históricas con las que trazar relaciones entre los acontecimientos que, finalmente, desenmascaren las mentiras y el engaño. En lugar de adoctrinar a los alumnos con mitos sobre la democracia [general], la escuela debería comprometerlos en la práctica de la democracia.

Por esto, no debería sorprender el hecho, que tanto directivos como algunos profesores partidarios del sistema imperante dificulte lo más posible -como pretendía hacer, por ejemplo, Spritzler- para que viva y aprenda la verdad. Y es que una persona que intenta vivir en la verdad representa una auténtica amenaza para el sistema doctrinal dominante y debe ser eliminada o, por lo menos, neutralizada; e incluso, en el caso de Spritzler que pretendía poner al descubierto la diferencia de clases en una sociedad que hipócritamente intenta decir que no existen ningún tipo de clases sociales]. En este sentido, el mito de que vivimos en una sociedad sin clases es un puro chiste, pero hay mucha gente que se lo cree. Mi hija, que enseña en una facultad estatal subvencionada, me cuenta que la mayoría de sus estudiantes no muestran ningún signo de conciencia de clase y se consideran de clase media. [En los discursos políticos y comentarios en los medios de comunicación a lo sumo se alude a la “clase media”]. No se encuentra ninguna referencia a la clase dominante, porque se eliminan sistemáticamente, eso es todo. Y los alumnos de mi hija, que son de clase trabajadora, no se consideran miembros de la clase trabajadora. El adoctrinamiento funciona, desde luego¹⁰.

¹⁰ La élite dominante, ayudada por la “intelligentsia”, han establecido mecanismos que perpetúen el mito de que los Estados Unidos son una sociedad sin clases. A pesar de toda la controversia sobre el fracaso de la educación en dicho país, no se suele mencionar una de las variables fundamentales: la clase social. La clase es un factor determinante del resultado de la escolarización, pues la mayoría de los estudiantes que fracasan proceden fundamentalmente de las clases inferiores. Sin embargo, los educadores evitan religiosamente el uso del factor clase en sus análisis y aseveraciones; en lugar de eso, han creado toda suerte de eufemismos como “marginalidad

Sin duda, que Estados Unidos es un país muy especial: si eres rico. Por mencionar solo un ejemplo actual, hay que fijarse en el sistema tributario, que cada vez es menos progresivo, de forma que enriquece a los ricos mediante un importante descuento fiscal y los enormes subsidios que, tradicionalmente, han recibido las corporaciones empresariales. Bush tiene razón al mencionar la guerra de clases. Pero es una guerra de clases concebida para aplastar aún más a los pobres. Todos los indicadores [económicos] nos recuerdan que la miseria infantil sigue siendo muy alta en Norteamérica, y la malnutrición se ha visto agravada por los programas de defensa de los “valores familiares”. Este asalto al estado del bienestar pretende seguir machacando a los pobres, a las madres del bienestar, a todo el que necesite ayuda, muestra de ello que no se toca a la poderosa niñera, subvencionando a las corporaciones con transferencias ingentes de capital. No hay duda de que se cuenta con un estado del bienestar, pero del bienestar [exclusivamente] de los ricos. Y si quiere, ayudar a mantener la buena marcha de este estado del bienestar para los ricos [y los poderosos políticos], hace falta que se desarrolle una plena conciencia de clase: la de pertenecer a la clase de los hombres [y mujeres] de negocios [y de la política]. El resto de la gente tiene que estar convencida de que vive en una sociedad sin clases. Y la escuela [y universidades], desde siempre, ha desempeñado una función clave en la pervivencia de este mito [y en el mantenimiento de los principios establecidos por el poder].

económica”, alumnos “en situación desventajosa” o “de riesgo”, etc., para evitar llamar por su nombre a la realidad de la opresión clasista. En política, se ha aplicado, por ejemplo, en la campaña presidencial de 1988, en la que George Bush censura a su oponente demócrata afirmando que “No pienso tolerar que ese gobernador liberal divida a esta nación (...). Eso estará bien para las democracias europeas o para cualquier otro. No sirve para los Estados Unidos de América. La clase social no nos va a dividir (...). Somos el país de los grandes sueños, de las grandes oportunidades, del juego limpio, y este intento de dividir América en clases va a fracasar, porque el pueblo americano sabe que somos un país muy especial, porque cualquiera, si se le da una oportunidad, puede triunfar y realizar el sueño americano”, el que casi siempre no resulta fácil de lograr (Donald Macaco, 1999, Fernández-Carrión).